



## Pequeñas catástrofes

No estamos en el tiempo magno de las grandes catástrofes del Universo, siempre aniquilado y siempre reconstruido por obra y gracia de Dios o de sí mismo. Admitamos que esto es más bien el interregno, la época de padecer a la sombra de lo que vendrá.

El médico, mi amigo, sólo se atreve a decirme las iniciales de la muerta: A.L. Después el silencio se nos vuelve espeso, incómodo. Pobres de vos y de mí, pienso sin animarme a hablar, sin articular aquello que en realidad no necesita ser dicho. Sin ser. La muerta, entonces, era A.L. Tenía trece años ella, la muertita que no es más que dos letras. Simple historia uruguaya contada mil veces.

Enseña Mircea Eliade en su más célebre libro que, en el convulso mundo romano-oriental de los primeros siglos de la era cristiana, el mito de la combustión universal gozó de gran popularidad. Ekpyrosis le llamaban en la Acaya recién conquistada a ese imaginado final de llamas y cenizas que, con liviana lentitud, se irían depositando después en la nada cósmica de donde habrían de resurgir, re-nacer, al cabo de algunos milenios. El apóstol Pablo, en su primera carta a los cristianos de Corinto, escrita desde Efeso, ya advertía que “el fuego, pues, probará la obra de cada uno”. De la humillada Grecia de aquel tiempo a esta húmeda tarde montevideana de noviembre no median más que dos letras, que son cifra de una mínima desgracia: A.L.

Poco de griego tiene el Pereira Rossell. O acaso mucho pues, al fin y al cabo, todo es griego en nosotros. Hasta la esperanza que nos alienta a velar nuestra propia nada y resurrección. Mi amigo médico cruza los portones del Pereira cada mañana para meterse en ese mundo construido con inocencias atroces y nombres sacados de la tele. Los niños y niñas que allí nacen se llamarán Yoni, Jenifer, Maicol, Ricky. Los que allí nacen son casi los únicos que nacen en esta nueva Acaya cada día más estéril. Son la inmensa mayoría. Los más pobres sostienen nuestro miserable crecimiento demográfico. Ellos, los otros, nos hacen re-nacer cada día como país: en cada parto somos un poco más. Y así más les debemos, aunque no seamos capaces de reconocer esa deuda. De aliviarla. O de pedirles a ellos, los otros, que nos la perdonen.

Mi amigo es un ginecólogo que renace cada día cuando esas mujeres llegan a parir y paren y después se van con su Yoni, su Jenifer, su Maicol. Se van para

sus casas, digo, para el cantegril, al barrio Corfrisa de Las Piedras, a las afueras de Pando, a Cerro Norte. Se van a sus miserias con sus hijos a cuestas, a esperar la próxima vez. Se van huérfanos de patria y patria, como diría el poeta Julio Huasi.

En el año 2001, el 80 por ciento de las muertes maternas en el Pereira Rossell fueron a causa de abortos “practicados en condiciones de riesgo”, eufemismo que habla de clínicas sin mínimas medidas de higiene y sin equipamiento adecuado, o directamente de técnicas “caseras” empleadas para abortar, algunas de las cuales parecen mucho más vinculadas a la autoflagelación y el suicidio que a la interrupción de un embarazo.

Ese 80 por ciento del Pereira hace que el Uruguay sea uno de los países del mundo con mayor porcentaje de muertes maternas provocadas por abortos. Y el Centro Hospitalario Pereira Rossell —mundo dentro del mundo, laberinto de nosotros mismos situado en el epicentro imaginario de la Nación, junto al Obelisco a los Constituyentes— duplica casi la cifra del Uruguay. Siguiendo la tendencia universal, las más pobres son las que más mueren por esa causa. Los motivos: ignorancia, hambre, miedo, desigualdad. El lugar: el Pereira, junto al Obelisco a los Constituyentes, allí donde la muertita sigue estando. Después, otro día, me entero que A.L., oriental, soltera de 13 años, llegó a la Urgencia del Pereira con hemorragia, el útero perforado y una infección que habría de matarla en pocas horas. Fue en agosto. El aborto se lo hizo una vecina, a escondidas en un galpón, con una aguja de tejer. Le cobró 200 pesos y la mató. La vecina está presa, A.L. está muerta, fin de la historia. Ekpyrosis montevideana ocurrida casi en secreto en el invierno del 2002.

La familia de A.L. era un entrevero. Ella vivía con una prima segunda de su madre, el marido de ésta, dos hermanos, dos medios hermanos y otros cuatro chicos, hijos de diversas parejas de su parienta. Todos hacinados en un rancho de bloques de una sola habitación cerca de Instrucciones y Mendoza. La madre de la niña-mujer muerta en el Pereira anda por ahí desde hace años, loca y de linyera. El padre nunca estuvo. El embarazo era de unas 14 semanas. Mi amigo médico se encoge de hombros y dice que esa chiquilina no debería haber muerto. Con aborto o sin aborto, dice y pienso en mis trece años y en la vida. Me pongo a imaginar su nombre. ¿Ana? ¿Sería ese su nombre? ¿A de Ana? ¿De Alba, de Aurora? ¿A de Aurora? ¿Y su apellido? ¿López? ¿Una Ana López, digamos, muertita casi sin ruido en el Pereira y enterrada en un tubular del Cementerio del Norte? ¿Un número más en la estadística? ¿Y yo, F.B., qué otra cosa soy además de quien imagina un nombre y un apellido para esa muerte? ¿Qué iniciales pongo en esta historia que aconteció ahí nomás, a pocas cuadras de mi casa, enfrente al lugar donde trabajo cada día? ¿Qué iniciales para la madre linyera, para el padre inexistente, para el hijo que ella nunca tuvo?

En “*El mito del eterno retorno*” Eliade acota que detrás de las ideas arcaicas de conflagración universal se escondía el “carácter optimista” de los pueblos que construían esos mitos: había una conciencia de la normalidad de la catástrofe cíclica, latía allí la certeza de que esa catástrofe tenía un sentido y que jamás era definitiva. El filósofo –M.E.— infiere de allí que el tiempo también se regenera sin cesar. Quienes leemos desde la fe las cartas de Pablo en la Biblia nos asomamos a la especulación filosófica desde otro lugar, no mejor ni más, sino otro: “no con los términos de la sabiduría, sino con lo que nos enseña el Espíritu”. Sólo una vez vivimos, sólo una vez morimos, el tiempo llegará a su fin.

Verdades absolutas para A.L., quien ya vivió, quien ya murió sin haber imaginado nunca ese paisaje, la pared descascarada del hospital donde iba a yacer por unas horas. Inocente ella, no quería decir lo que le había pasado, lo que le estaba pasando. Ingenua en su agonía, negaba lo evidente. Todos nuestros pecados estaban tendidos en esa cama hospitalaria: miedo, ignorancia, hambre, hipocresía, soberbia. Ella cargó con nuestros pecados. Pero ella está muerta y nosotros no, así que debemos pedir perdón y hacer algo. Hacer cosas. Es desde allí que se pueden hallar las confluencias, los acuerdos. Nadie quiere esas muertes. Nadie quiso esa muerte. Nadie quiere que A.L. no pueda ser, aquí y ahora, más que dos letras sobre un pedazo de papel. Mi amigo el ginecólogo ha llorado por esas mujeres todavía niñas, escuálidas y asustadas, que llegan a parir –a veces de túnica y moña para no pagar boleto— sin saber siquiera de qué se trata. Pobre de vos y pobre de mí, vuelvo a pensar. Tiempo ordinario de las pequeñas catástrofes, las que nos ha tocado vivir. Pero así, compartiendo esa pobreza –la de vos, la de mí, la de todos— es que podemos construir una alternativa para tanta muerte. Tenemos que hacerlo.

Nos debemos un debate serio sobre el aborto. Un debate que se corresponda con la grave circunstancia que vivimos como nación. Hasta ahora hay posiciones mucho más que intercambio. Rigidez más que flexibilidad. Cálculo más que entrega. Porque la primera condición de seriedad en este debate –que apenas si se ha esbozado en su complejidad— debe ser el compromiso de llegar entre todos a alguna parte. Para lo cual, supongo, tendremos que partir de un lugar común. Hablemos con el corazón: el problema no es sólo la despenalización del aborto, pero es también la despenalización. El problema no es, no puede ser, lo que vaya pensar El Vaticano de la Curia uruguaya si la ley se aprueba. No puede ser, tampoco, el temor de los políticos al castigo de las urnas.

Le debemos a esas muertas y a esos muertos –todos ellos N.N. para el conjunto de la sociedad que no los mira, que no los ve— un debate en el que la hipocresía sea puesta de lado; un debate en el que los fundamentalistas oigan además de hacerse oír y vean además de mirar; un debate en el que no sólo haya cifras y porcentajes sobre la mesa, sino también nombres y rostros y sueños. Un debate en el que participen los que nunca participan, los que no tienen voz, que son los

que no tienen nada. Nos lo debemos todos a todos. El presidente de la República me lo debe. El senador que tuvo mi voto en el 99 me lo debe. Mi obispo me lo debe. Y yo se lo debo a ellos.

En algún lugar, A.L. y su hijo no nacido están esperando.